



VII

LA señorita de Bollullo?— repetí yo desconcertado.—No recuerdo más Bollulos que el pueblecito de este nombre, en el condado de Niebla, donde tengo una dehesa, y aquel boticario del Colegio Naval, á cuya mujer compusiste tú, hace más de diez años, una copla bastante espesa sobre su fácil y económica manera de hacer lamedor.

—¡Preciosa copla por cierto!—dijo Boy con todo el aire de un poeta laureado.—Verdadero poema didáctico en cuatro versos, que cuando la boticaria salía á la ventana, cantábamos todos en coro desde la cerca del colegio, con aquel estribillo tan popular entonces y tan tonto siempre:

«¡Amarillo sí, amarillo no,
Amarillo sí, que lo he visto y!»

—¡Justo!—exclamé riendo al recuerdo de aquellas locuras.—Me acuerdo que el boticario se quejó al ayudante Ballesta, y contestaste muy serio que aquel trozo de poesía lírica no era original tuyo, sino que estaba en una égloga de Garcilaso.

—Y se lo creyó el muy bruto y me levantó el arresto... Pues para que veas las vueltas que dan las cosas—prosiguió Boy con triste gravedad en él inusitada,—aquella copla, que no me llevó al Parnaso, me ha traído á la peligrosa situación en que me encuentro... Créeme, Burundilla: hay cosas que combina el diablo, haciendo Dios la vista gorda... Aquel boticario, que se llamaba D. Francisco de Paula Bollullo, abrió, andando el tiempo, una farmacia en los baños de N***, donde fué mi padre varios veranos para curar sus aprensiones y sus reumas. Allí, en el aburrimiento natural de estas casas de baños, trató é intimó más de lo que era menester con el Bollullo, la Bollulla y la Bollullita... La mujer, mi heroína del lamedor, era una tal María Rita López, tía de un peluquero de aquí, que llaman *el Pájaro verde*...

Redoblóse mi atención al oír este nombre, que era todavía para mí la más obs-

cura de las incógnitas, y me incorporé en el asiento, dejando caer el cigarro. Boy continuó:

—La niña, que era ya talluda en los tiempos de mis coplas, se hizo con los años una solterona incasable, y...

—Y esa es la señorita de Bollullo—le interrumpí con gran viveza.

Miróme Boy con una de esas amargas sonrisas que levantan sólo una extremidad de los labios, y me corrigió, moviendo negativamente la cabeza:

—No... Esa *era* la señorita de Bollullo... Hoy *es* la Excm. Sra. Duquesa de Yecla, Marquesa de Vilarrasa y Montañana, con otros seis títulos y tres grandezas.

—¿Tu madrastra?—exclamé estupefacto.

—La misma que viste y calza.

Y sin poderme contener, respondiendo á mi propio pensamiento, que pugnaba por empalmar con la situación de Boy aquellos extraños personajes, dije:

—¿De modo que tu madrastra es prima de Joaquinito López?

—Y de la Condesa de Porrata—añadió él con cierto amargo énfasis que me impresionó hondamente.

—Pues ahora me lo explico todo—dijé

aturdidamente, sin explicarme nada.—Eso quiere decir que la Porrata es también prima del *Pájaro verde*.

—No; porque con los primos de carne y hueso sucede lo mismo que con los números, que *dos primos de un tercero pueden ser ó no ser primos entre sí*... Mi madrastra es prima de Joaquinito López por su madre, María Rita López; y se dice prima de la Porrata, por su padre, D. Francisco de Paula Bollullo... Tú no sabes que la Condesa se llama por su madre *Bollullo de los Infantes*: mi madrastra era Bollullo de á caballo ó Bollullo á secas. Pero hace dos años se conocieron ambas en Trouville, intimaron mucho, y discurriendo entre ellas, encontraron, sin duda, que los Bollullos de á pie y los Bollullos de á caballo empalmaban allá en Adán y Eva, ó quizá mejor en la serpiente del Paraíso, y desde entonces se declararon parientes, se juraron alianza ofensiva y defensiva, y yo mismo vi en Trouville unas tarjetas de mi madrastra que decían:

*La Duchesse de Yecla, etc., etc.,
née Bollullo de los Infantes.*

—¿Y ha declarado también el parentesco con Joaquinito López?

—¡Cal... Ese no lo declara, pero sospecho que lo explota... *El Pájaro verde* es demasiado verde para que pueda tenerlo entre sus ascendientes ó colaterales una Duquesa de Yecla, *née Bollullo de los Infantes*... Y es natural: tú habrás observado, como yo, la abundancia de familias que se precian de descender de hombres ilustres, sin que jamás se encuentre ninguna que tenga entre sus ascendientes un criminal, á pesar de ser éstos más numerosos que aquéllos. Por eso podría escribirse con estos datos un libro muy curioso, que llevase por título *Esterilidad de los ahorcados y las brujas; los ajusticiados no tienen descendientes*.

Contóme entonces Boy todos los detalles del desdichado casamiento de su padre, hecho durante el primer viaje de aquél á la isla de Cuba; los grotescos alardes de cariño de la madrastra para captarse su voluntad y afecto; su odio después y su enearnizada guerra de intriguillas y de chismes para malquistar al padre con el hijo, y conseguir la expulsión de éste de la casa paterna, como la logró al cabo, provocándola el mismo Boy con una sangrienta burla que á su madrastra hizo.

Y fué el caso, que en los primeros tiempos de su matrimonio habíase esforzado el viejo Duque de Yecla por introducir y aclimatar á su nueva esposa en los altos círculos de la corte. Daba para ello comidas y fiestas, y hacía convites que no siempre eran aceptados, y á duras penas eran correspondidos; porque la nueva Duquesa era, ante todo, una rematadísima cursi, llena de pretensiones ridículas, y ni aun á la sombra de casa tan ilustre como la de Yecla se acostumbra el mundo á respetar lo que una vez le ha hecho reír.

Una noche, después de una de estas comidas diplomáticas, en que el viejo Duque desplegaba todo el agrado y finura de aquellos antiguos señores, cuyo molde se va perdiendo, y la flamante Duquesa asomaba á cada paso la oreja, más que por falta de educación, por sobra de amor propio y vana suficiencia, hallábanse reunidas en el salón hasta un par de docenas de personas.

Alguien tuvo la malhadada ocurrencia de pedir á Boy que tocase al piano algunos aires andaluces, acompañándolos con su preciosa voz de barítono. Resistióse él por algún tiempo, y la madrastra, con su falta

de tacto ordinaria y el afectado tono de autoridad materna que solía emplear en público con el hijastro, sacándole de quicio, díjole remilgadamente:

—Canta, hijo mío, que el hacerse de rogar es de mal tono siempre.

El diablo de la cursería había tentado á la madrastra, y el diablo de las diabluras, encargado especial de Boy, tentó también á éste.

Sentóse al piano sin decir palabra, preludió con ejecución admirable el ridículo tema:

«Amarillo sí, amarillo no»,

y con la mayor frescura, con la misma serenidad con que hubiese cantado el más inocente villancico de Nochebuena, lanzó con toda la fuerza de sus pulmones, ante la asombrada concurrencia, su engendro épico de antaño, su famosa copla del *lamedor*, que tan conocida tenían las orejas de la Duquesa de Yecla, *née* Bollullo de los Infantes.

—¡Qué barbaridad!—exclamé riendo, á pesar mío, de la parte cómica del asunto.— Pero ¿cantaste toda la copla?

—Toda, con todas sus letras... Desde lo de la mujer del boticario hasta la factura del *lamedor*, pasando por el perol, por supuesto.

—¡Qué atrocidad, chico!... ¿Y que sucedió entonces?

—Pues ¿que había de suceder?... Que todos se quedaron como si el perol de la copla hubiese caído en medio del salón despeñándose del techo.

—Y tu madrastra, ¿qué dijo?...

—Decir, no dijo nada, pero me miró tan sólo, y con eso me dijo bastante... Las madrastras de las hienas deben mirar así á sus hijastros.

—¡Ya lo creo!... ¡Chico, chico, qué barbaridad!... Diabluras has hecho, pero como ésa, ninguna... ¿Y tu padre, qué hizo?...

—¡Ah!... Mi pobre padre me dió pena. Pero ¡ya se ve! Yo hago las cosas primero, y las pienso después, cuando ya no tienen remedio... Al pronto no comprendió todo el alcance de mi copla, y creyéndola sólo una grosería, me mandó salir del salón con voz de trueno... Pero cuando cayó bien en la cuenta, salióse él mismo, sin decir palabra, y no he vuelto á verle nunca... Al día siguiente me mandó á su apoderado, don

Juan Sigüenza, con la orden de que saliese aquella misma mañana de la casa, y no volviera á acordarme de que tal padre tenía en la tierra.

—Pero te señalaría alguna pensión... Te daría cuentas de la legítima de tu madre...

—Nada, nada... Me señaló la puerta de la calle, y nada más.

—¿Y de qué has vivido desde entonces?

—De mi sueldo y del dinero que he perdido á los usureros.

—Pero la ley te autoriza para pedir á tu padre alimentos.

—Ya lo sé; pero contra el vicio de pedir está la virtud de no dar, y mi padre posee esta virtud en alto grado.

—Es que puedes pedirlos judicialmente.

—¡Oh! Eso, jamás... Por nada de este mundo puede un hijo llevar á su padre á los tribunales... Yo podré hacer chiquilladas á porrillo; pero canalladas, no hago nunca.

—Pero ¿te has humillado á tu padre?... ¿Le has escrito?

—Más de veinte cartas, que estoy seguro ha interceptado la Bollullo de los Infantes... Ahora tengo la evidencia de que algo gordo maquina ésta. La Condesa de Po-

rrata es su policía secreta, y el peluquero Joaquinito López...

De nuevo metió la pata el diablo de la importunidad, que parecía aquella noche campar por su respeto en mi casa. Entró Celestín con las maletas de Boy, y cortó la conversación en este punto. Traía también una carta que habían llevado al hotel de Roma, con grande urgencia, para el excelentísimo Sr. Conde de Baza. Era éste el título que Boy usaba, como primogénito de la Casa de Yecla.

Era la carta una esquila pequeñita, entrelarga, sin timbre ni inicial alguna. Tomóla Boy con marcada indiferencia y rasgó el sobre, acostado como estaba. Incorporóse un poco para leerla, y un ligero carmín se extendió por su rostro mientras leía, como la bocanada de humo que revela las secretas conmociones de un volcán que escondido existe.

Lió luego con mucha calma un cigarrillo, y puso mientras tanto la esquila bajo la peana de un Cristo que á la cabecera de la cama había, sobre una repisa, diciendo muy naturalmente:

—Cayetano Méndez..., para que le lleve mañana á bordo cigarrillos de Canet, que

son los que ahora privan...; pues tendrá que quedarse sin ellos, como no sea que, de paso para la estación, podamos comprarlos.

Y como si la esquila de Cayetano Méndez contuviese el más poderoso de todos los narcóticos, dejó Boy caer pesadamente la cabeza en la almohada, y comenzó á adormecerse desde aquel momento. En vano le insté, y le grité, y le supliqué que continuásemos nuestra plática, suspendida en el punto más interesante. Á todo contestaba soñoliento:

—Déjame dormir, hombre... Mañana te contaré todo lo que quieras.

Volvióse de cara á la pared, envuelto en el *plaid*, como estaba, y á poco, su respiración lenta, suave y tranquila, me anunció que dormía con el plácido sosiego de un niño.

Mirábale yo dormir con esa afectuosa ternura propia del que vela á un sér querido, y hacía reflexiones sobre cuanto me había dicho, y tiraba planes y formaba cálculos que parecían tomar cuerpo en mi imaginación, y moverse y danzar y marearme, hasta el punto de que creí resbalar y temí caer, y extendí una mano para

agarrarme, perdiendo en el acto toda noción, todo conocimiento.

Cuando desperté entraba el sol por una ventana entreabierta. Busqué con la vista á Boy, y vi la cama vacía: á sus pies estaba arrollado el *plaid*, medio caído en el suelo. Miré el despertador estupefacto, y halléle parado en la una y media. Mi reloj de bolsillo apuntaba las ocho y cuarto: el tren debía haber salido dos horas antes.

Levantéme atónito, entumecido, y paseé en torno una mirada de sonámbulo. Despararamado por el suelo vi el traje de pirot: un zapato estaba en la jofaina, el otro sobre la cornisa del techo. Salí á la pieza inmediata, donde Celestín puso las maletas, y las encontré abiertas ambas y deshechas. Faltaba el uniforme de alférez de navío que debía ponerse Boy para hacer su guardia, y faltaba también una capamía andaluza que solía usar yo en mis excursiones nocturnas. Lancéme á la campanilla, dudando si soñaba ó estaba despierto. Acudió Celestín á medio vestir, resregándose los ojos.

—Pero ¡hombre!—grité, aprovechando, ansioso la ocasión de encolerizarme.—¿Es

ésta hora de despertar? ¿Por qué no me has llamado á tiempo?

—El Sr. Marqués dijo anoche que ponía el despertador en hora, y que él llamaría. Enfurecíme más, como acontece siempre que no se tiene razón y se lo demuestran á uno.

—Pero el Sr. Conde, ¿dónde está?—grité de nuevo.—¿Á qué hora ha salido?

El rostro de Celestín, inteligente siempre, reflejaba entonces la doble estupidez del asombro y del sueño interrumpido.

—El Sr. Conde no ha podido salir—dijo.—Yo no he sentido ruido ninguno.

Precipitéme por la escalera, seguido de Celestín, y ambos llegamos juntos á la puerta de la calle. El enorme cerrojo estaba descorrido, y sólo el picaporte echado: señal clara y evidente de que Boy había salido de casa, abriendo él mismo la puerta.

Abrí ésta de par en par, y vi ante ella, en la calleja, la berlina enganchada, como yo había dispuesto.

Diva, mi enorme yegua anglo-normanda, tenía esa actitud pesada que toman los caballos de tiro en las grandes esperas. Francisco, el cochero, dormitaba en el pes-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

cante, zambullida la nariz en su cuello de pieles.

—¿Has llevado á la estación al señor Conde?—le grité desde la puerta.

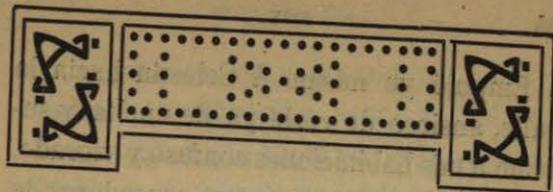
—No, Sr. Marqués—contestó, despertando sobresaltado.

—Pero ¿le has visto salir?

—Tampoco.

—¿Desde qué hora estás ahí?

—Desde que mandó Vucencia... Desde las seis menos cuarto.



VIII

EUÉ tal mi aturdimiento al convenirme de la inesperada escapatoria, que comencé á dar disposiciones necias y contrarias, ansioso de seguir la pista al fugitivo.

Sereno Celestín, templó mis impacencias, indicando el camino más prudente.

Conocía él un empleado en la estación, ambulante de Correos en otro tiempo, y éste podría informarle de si había marchado ó no Boy en aquel tren de la mañana; el tipo marcadísimo de éste, su natural distinción y el uniforme de alférez de navío, sobre todo, raro en aquella comarca, eran hartas señas para que pudiese pasar desapercibido entre los escasos pasajeros que en aquel tren viajaban de ordinario.

Empujé yo mismo á Celestín hacia la calle, ansioso de verle ya de vuelta, y subíme á mis habitaciones confuso y azorado, esperando encontrar rastros acusadores de la fuga.

No sé por qué, ocurrióseme lo primero mirar al cubo de las aguas sucias, donde había arrojado Boy con tantos bríos el ramito de *muguet*, tan paseado y discutido.

Mas en vano removí las turbias aguas con el cabo de un cepillo, y aun llegué á meter la mano hasta el fondo en busca del florido náufrago. Alguien le había salvado de aquel perfumado oleaje de jabón, y este alguien no podía ser otro que Boy, su propio verdugo.

Pero ¿á qué santo?... Comprendí al punto que no era santo sino santa, quien tal obra de caridad inspiraba á mi amigo, y sonreíme, á pesar mío, al recordar las enérgicas alharacas de Boy contra los amantes sentimentales que van grabando el nombre de su amada por las arenas de la playa ó las cortezas de los árboles.

Más sentimental, allá, allá en su fondo, parecióme á mí pescar en el de un cubo de aguas sucias, y entre las prisas de una

fuga, aquella florida prenda, regalo de una bella. ¡Ah, hipócrita tuno, y qué carda más zumbona le había yo de dar en cuanto volviese á echarle la vista encima! ¡Ramito de *muguet* habíamos de tener para tiempo!

Púseme entonces, con el ahinco del polizonte que husmea las huellas de un crimen, á registrar cuantas prendas y objetos había dejado Boy por en medio.

Estaban sus maletas abiertas, y sólo faltaba en ellas el uniforme de alférez de navío y la ropa blanca necesaria que en el momento de salir debió vestirse. Parecióme esto señal de buen augurio, pues era claro y evidente que al salir vestido de uniforme llevaba, sin duda, el pensamiento de acudir por la mañana á su guardia de *El Ferrolano*.

Mas noté entonces la falta de mi capa andaluza, encubridora de nocturnas aventuras, y alarmóme esto algún tanto, por parecerme indicio de que en las que Boy corría aquella noche érale preciso ocultar, al mismo tiempo que su persona, el brillo de sus bordadas anclas.

Otro dato evidente vino á llenarme de alarma y temerosa desconfianza. Estaba el

despertador parado en la una y media, y parado violentamente, pues que tenía un muelle roto.

Indicóme esto la hora en que Boy abandonó mi casa, é indicóme también sus ganas de darme un esquinazo, impidiendo que el despertador interrumpiese mi sueño: cosa bien fácil por cierto, pues era mi dormir hartó pesado y grande mi cansancio entonces, por llevar dos noches de claro en claro bailando en los salones, y dos días de gran fatiga: uno de herradero en el cortijo de Celanga, y otro cazando patos en las lagunas de Torró, con varios amigos serranos: fatigas todas de pura diversión, de que repone pronto el pesado sueño de los veinticuatro años.

Entristecióme la idea de que fuese realmente aquella fuga un esquinazo que Boy quería darme, como lo de parar el despertador indicaba, y mohino y cabizbajo, tumbéme de nuevo en la *chaise longue*, con el oído alerta y el corazón sobresaltado para esperar la vuelta de Celestín, fumando cigarro tras cigarro.

Recuerdo que al encender el primero vinooseme á la memoria una definición de ellos, que aquella misma noche oí á Boy, y

que, por lo exacta y oportuna, no he olvidado nunca: *Otium in negotio, et negotium in otio* (1).

No duró, sin embargo, mucho aquella ocupación, en que buscaba alivio mi forzado ocio.

Llamaron de repente á la puerta con gran estrépito: oí pasos precipitados en la escalera, alguien que llegaba apresurado á mi cuarto, y salí sobrecogido á su encuentro, sintiendo en el corazón todos los sobresaltos de la incertidumbre.

En el pasillo vi á Celestín demudado, jadeante, queriendo hablar al verme, y ahogándose como el griego de Maratón, antes de encontrar la palabra.

Encontróla al fin, ronca y desentonada por la fatiga y el espanto.

—¡Le han matado!... ¡Le han matado!— me dijo.

—¿Á quién?—grité yo con la angustia más mortal que he sentido en mi vida.

Y él, agitando las manos en el aire, como si diese de puñaladas, contestóme entrecortadamente:

(1) Descanso en la ocupación, y ocupación en el descanso.

—Monsieur Joaquinito López, *Pájaro verde*... ¡muerto!..., ¡muerto... allá... en la peluquería!... *Massacré*..., *massacré*..., *tout-à-fait massacré*!... ¡¡Qué espanto!!...

Yo no sé lo que me sucedió entonces, y ni pude explicarme en el momento, ni sé explicarme todavía, cómo no despertó en mí sospecha alguna aquel exagerado espanto que causaba en Celestín la muerte de un briboncillo con quien ningunas relaciones tenía, y su velocísima carrera para venir á noticiármela, olvidando el encargo principal que yo le había dado.

Contagióme su horror sin darme cuenta de ello, y sólo pensé en vestirme apresuradamente para correr yo mismo al lugar de la tragedia, como si me fuesen en ello la honra y la vida. Mientras me ayudaba á vestir Celestín, tembloroso y aturdido, dióme pormenores del suceso.

Al pasar por la calle de Algarves, camino de la estación, cerróle el paso un gran cerco de gente que ante la peluquería del *Pájaro verde* se había formado. Estaban las puertas cerradas, y por la callejuela de las *Siete revueltas*, custodiaban la otra entrada dos guardias municipales.

Preguntó la causa de aquel aparato, y

dijéronle entonces que aquella mañana había aparecido asesinado en la trastienda el famoso Joaquinito López, dueño de la peluquería. Aun no había acudido el Juzgado á levantar el cadáver, y por la puertecilla entreabierta de la calleja distinguábase tendido en el suelo, bajo un montón de trapos.

Preguntéle, entonces, si habían cogido á los asesinos, y me contestó titubeando:

—¡Oh! No, señor Marqués... No han cogido á nadie.

—Pero, ¿se sabe quiénes sean?...

Turbóse aquí Celestín de tal manera, que, no obstante mi preocupación, hube de notarlo, y respondiόμε al fin con mayor sobresalto:

—¡Oh! No; nada se sabe... ¡Pero la gente dice unas cosas!...

—¿Qué cosas?...

—Barbaridades, señor Marqués... No haga Vucencia caso.

Chocóme en extremo el tono de afectuosa compasión con que pronunció Celestín estas palabras, y más todavía, cuando al entregarme el sombrero, próximo ya á salir, me dijo reteniéndolo:

—El señor Marqués debía quedarse en

casa... Yo volveré á la peluquería, si desea saber algo.

Mas tan ofuscado estaba yo por las nuevas y temerosas ideas que la noticia del asesinato despertó en mi mente, que se me antojaron los reparos de Celestín necios temores de que dañase á mi sensibilidad la vista horrenda del cadáver, y respondíle con desabrimiento, sintiéndome herido en mi vanidad de hombre fuerte é inalterable:

—Adonde tienes tú que ir ahora mismo, es á preguntar en la estación si el señor Conde ha marchado.

Bajó Celestín humildemente la cabeza, como era siempre su heroica costumbre ante las destemplanzas de mi carácter, y salíme yo apresurado, corriendo casi, por el callejón de las *Siete revueltas*, ansioso de llegar al teatro del crimen.

Era tan estrecha la calleja, que no más de dos personas cabían por algunas de sus partes, y hube de ceder el paso, en varias ocasiones, á gentes que de la calle de Algarves venían, descompuestas y alborotadas, comentando á grandes voces el trágico suceso.

En una de sus revueltas crucéme con

un escribano, tunante muy famoso, que conocía yo de vista. Traía una capa azul muy cumplida, y la cesta de la compra bajo ella, como es costumbre en aquel país, de gastrónomos modestos, que regatean por sí mismos en el mercado.

Venía con él un hombrecillo flaco, que tampoco me era desconocido, y sostenían, al parecer, una disputa, de la cual pesqué, al paso, las siguientes frases:

—Le aseguro á usted que es capaz de todo—decía el escribano, con gran vehemencia.

—Es mucho, D. Salvador; es mucho eso—replicaba el otro en son de conciliadora calma.

Paróse el escribano, rozando conmigo casi, y descompuesto y alborotado, respondióle con violencia:

—Mire usted, García; ni conozco al Duque de Yecla, ni á ninguno de su casta... ¡Pero no atestiguo con muertos, jinojo!... Su administrador Bermúdez es íntimo mío, y le he oído más de una vez lo que pasa en aquella casa, y los puntos que calza el mocito... Amigo mío, á perro viejo no hay tus, tus, y si yo actuase en la causa...

Volví yo en esto una de las revueltas de

la calle, y perdí el resto del diálogo, quedándome la extraña y desagradable impresión de que aquellos dos hombres hablaban de Boy.

Divisé entonces á lo lejos, al final de la calleja, aquella puerta malhadada de la caverna del prestamista, sobre la cual campeaba, con hipócrita cinismo, la sarcástica leyenda:

LA BIENHECHORA

Guardábanla dos municipales, como Celestín me había dicho, y extendíase frente á ella, en todo lo que la estrechez de la calle permitía, un compacto grupo de curiosos, hombres y mujeres, que alargaban ansiosos las cabezas, y fijaban los ojos azorados en la entreabierta puertecilla, como perros que rastrean una pista de sangre.

Había en aquella siniestra hendidura algo que atraía las miradas, y sin querer mirar, miré yo mismo á mi paso... Divisábase, en efecto, un bulto tendido en el suelo, cubierto por un guñapo de colores varios; dibujábanse bajo aquel extraño su-

dario las rígidas formas de un cuerpo, y asomaban por un extremo dos pies agarrotados, con botinas de charol y cañas de piel blanca.

Por la calle de Algarves hacíaese imposible el tránsito. Rebosaban mujeres y chiquillos las ventanas y balcones; salían por las puertas de las tiendas racimos de cabezas, enfiladas unas sobre otras, por hallarse encaramados los curiosos de segunda fila en sillas, bancos y hasta en los mostradores mismos; y ante la peluquería, un macizo pelotón de más de quinientas personas, esperaban á pie quieto la llegada del Juzgado, clavadas todas allí por la curiosidad, que es la fuerza mayor de resistencia que se conoce.

Causóme horror aquella puerta que ocultaba detrás la muerte y el crimen, y ostentaba encima, como reclamo del vicio y la locura, el letrero transparente que había yo visto iluminado la noche antes:

SE ALQUILAN TRAJES DE MÁSCARA

Flotaban aún en torno suyo varios capuchones y pingajos, y por encima de todos

ellos mecíanse en el aire un disfraz de murciélago con las alas extendidas, y otros dos de diablos con carátulas horrendas, formando un grupo que representaba en la imaginación la grotesca alegoría del alma del usurero, arrebatada por demonios del infierno.



IX

ABRÍME calle á codazo limpio entre la apiñada concurrencia, oyendo á cada paso denuestos contra la víctima, ponderaciones de sus usuras y crueldades, y comentarios sobre sus infames vicios. Mas á nadie escuché palabra dura contra los asesinos, ni protesta contra el crimen, ni la menor señal de interés ó de compasión siquiera hacia aquel infeliz que ni aun á costa de muerte tan tremenda había podido comprar la tan bien llamada, como fácilmente concedida, *hora de las alabanzas*.

Un guantero conocido mío, de quien en tiempos fuí parroquiano, ofrecióme el amparo de su tienda, y allí supe pormenores del suceso, que coincidían perfectamente con lo que yo mismo había visto.

Suponíase cometido el crimen de tres á cuatro de la madrugada, cuando, al termi-